

Amor
y odio
tienen
cuatro
letras

OFFICE
ROMANCE

ELEANOR RIGBY

¿Qué podrían tener en común una pija del barrio de Salamanca en plena crisis de los treinta y un divorciado en serios apuros económicos? Solamente lo mal que se caen el uno al otro y la oficina que tienen que compartir después de una desastrosa entrevista.

Silvia Altamira se definiría como una mujer segura de sí misma, atractiva y brillante. Para su jefe, en cambio, poco menos y la engendró el demonio: contestona, arrogante y encima se atreve a calentarle la sangre en pleno horario laboral.

Bosco Valdés se tiene por un hombre íntegro y un jefe dedicado, pero para su nueva becaria es un cerdo explotador con un severo problema de fondo de armario. Está claro que, si acepta trabajar para él, no es porque le haga ilusión sentirse atraída por un hombre con el que se lleva a muerte.

La salvación de la empresa dependerá de que consigan ponerse de acuerdo, para lo que hará falta un milagro, un arma de fuego o, quizá, solamente una noche.

Índice de contenido

Cubierta

Amor y odio tienen cuatro letras

Aviso de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Sobre la autora

Notas

Las opiniones expresadas por los personajes de esta novela, tanto principales como secundarios, ni son ni dejan de ser opiniones que comparta el autor o que pretendan presentarse como verdades absolutas. No existe intención alguna de aleccionar sino presentar la variedad de perspectivas en un mundo plural. Cada reflexión invita al lector a sacar sus propias conclusiones sobre los temas tratados, que independientemente del tono con el que se hayan mencionado, en general jocoso por el ánimo desenfadado de la comedia romántica, no son triviales ni han de ser caricaturizados.

Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Esta novela está escrita en lenguaje coloquial, por lo que encontrarás vulgarismos. También contiene sexo explícito.

Quien avisa no es traidor.

Capítulo 1

¿A qué diríamos que sabe el orgullo? ¿A jarabe para la tos o a huevos podridos? Porque hay una tendencia mundial a evitar a toda costa eso de tragárselo. Y yo no soy la excepción, pero he tenido que hacerlo y ahora puedo confirmar que se atraganta un poco. Un poco bastante.

Después de haber sido rechazada en cuatro editoriales en el transcurso de dos días, mi orgullo está criando malas a cuatro metros bajo tierra. Tengo que sacar fuerzas de donde no las hay para enfrentar mi última oportunidad con optimismo.

Si mis padres no me hubieran despedido con toda la pompa y boato, prometiéndome que arrasaría en las entrevistas, no me habría creído capaz de presentarme a un puesto acorde con mi trayectoria profesional. Ahora tengo claro que debería haber salido a la calle con las expectativas más bajas. O no haberme movido del sofá. Ya sabía que con solo decir mi nombre me iban a mandar a tomar viento fresco. Algunas van con la muerte en los tacones, y yo, por lo que se ve, me he quedado con la puerta en las narices.

Esa es la razón por la que llevo en paro dos años. No me daba la gana de buscar empleo porque estaba muy segura de que no me iban a contratar en ninguna parte. Mi jefe se tomó muy en serio la tarea de difamarme en el mundillo literario y ahora estoy gafada.

«¿Y por qué no te buscabas un trabajo que no fuese de lo tuyo?».

Buena pregunta. Quizá la respuesta condicione la opinión que se tenga de mí de ahora en adelante, pero es mi deber ciudadano sincerarme: habría sido deprimente ponerme una redecilla en el pelo con una licenciatura y dos másteres. Y tampoco andaba desesperada por un empleo pudiendo chupar del bote en mi casa.

Mis padres me han llamado desde tiquismiquis hasta clasista, pero no me quería conformar con menos que un contrato de editora. Es lo que sé hacer. Y es, también, algo que no habría vuelto a hacer jamás si mis padres no hubieran amenazado con echarme de mi habitación de infancia. Puedo jurar que después de un despido agresivo, una casi demanda judicial y el desprecio de todos tus compañeros se te quitan las ganas de retomar tu puesto. Y de salir a la calle. Y de volver a enamorarte. Y de vivir.

Pero aquí estoy, intentando cambiar mi actitud para recomponer mi vida empezando por el ámbito laboral. Y con «aquí» me refiero a la salita anexa al despacho del director general, donde espero a que le apetezca colgar el teléfono y recibirme.

No parece que eso vaya a suceder. No en este plano astral.

Normalmente no es el director general el que se encarga de las entrevistas, pero por lo que me ha parecido intuir no hay coordinador ni editor jefe. No solo han reducido plantilla a lo básico, sino que las tres plantas que hasta hace poco constituían las oficinas de la editorial Aurora se han solapado en una sola.

Aunque es evidente que no viven su esplendor económico –ni tampoco comercial, por lo que he podido observar en las listas de ventas–, por lo menos la zona de trabajo es amplia y luminosa. Se nota que la decoración corrió a cuenta de una mujer. La mayoría de los despachos están acristalados y láminas en distintos tonos del atardecer –

melocotón, bronce y champán— recubren las paredes de los pasillos. El parqué pálido de los suelos y las réplicas de Gustav Klimt combinan a la perfección y cumplen el objetivo de transmitir una abrumadora sensación de calidez.

Si tengo que poner una pega es que son de esos cu-tres a los que les gusta enmarcar sus diplomaturas. Ya hay que ser gañán para colgar la licenciatura universitaria en el lugar de trabajo.

Damos por hecho que has estudiado para el puesto que ostentas, cariño, no hace falta ser redundante.

De todos modos, parece que el diseño interior ha quedado desfasado. La pintura está a medio rascar, señal de que quieren repintar, y reina el desorden allá donde quiera echar el ojo. Quedan por colgar las placas de los departamentos, muchos se mudan de cubículo, hay decenas de cajas de cartón amontonadas y solo va un teléfono: el de la gerencia.

La gerencia que lleva media hora haciéndome esperar.

Sigo aquí porque la editorial Aurora está pasando por una mala racha y, por mucho que apeste mi reputación, no se permitirían dejarme ir. Antes lo he intentado en empresas florecientes y otras ya consagradas porque «el “no” ya lo tenía» y sabía que en esta tendría el puesto asegurado. El novio de mi hermana cubría el departamento legal cuando aún podían pagar un abogado y me ha contado que las dimisiones y despidos en masa los han dejado con un único corrector.

Eso son buenas noticias. Aunque la editorial se vaya a la ruina en una semana, que es lo más probable, estoy preparada para ocupar un lugar en la sección de edición y cerrar la boca a mis padres. No podrán decir que no tuve iniciativa.

Así de desesperada estoy. No solo se ha puesto en tela de juicio mi madurez o mi capacidad de recuperación frente a la adversidad, sino mi valía como empleada. Y por ahí no paso. Yo no estoy en esta situación porque no pu-

diera mantener un puesto, sino porque *ellos* no pudieron mantener la profesionalidad.

—Cuando lo llama su exmujer puede pasar hasta dos horas seguidas pegando voces al teléfono. Hoy ha batido el récord: lleva tres.

Me giro y ahí está la sensación del bloque. Solo un tipo de mujer lleva las uñas de las manos y los pies pintadas a juego, y esas son las tigresas. Por si acaso a alguien le cupiera alguna duda, ella lo reivindica vistiendo un chaleco de visón y una blusa con estampado de leopardo.

—¿Qué me recomiendas? —pregunto yo—. ¿Venir mañana, desconectarle el teléfono o recomendarle un buen abogado al que delegar sus frustraciones?

—Buscate otro lugar donde trabajar. Esto ahora mismo es el Purgatorio.

Lanzo un silbido de admiración y me saco uno de los auriculares. Alicia Keys sigue chillándole a mi oído izquierdo que un hombre real no puede negar la valía de una mujer. El derecho es ametrallado con los golpes, pisadas, conversaciones y traqueteos de máquina de la editorial en funcionamiento.

—He estado en el infierno y he sobrevivido, así que esto me parecerá celestial en comparación.

—¿Has estado en el infierno de verdad? Entonces Valdés te sonará familiar. Es el que suele ir por allí con el tridente, el látigo y los cuernos en la cabeza. —Se los dibuja sobre el impecable alisado japonés—. Dobles cuernos, en realidad. Los tenía antes de que su mujer se los pusiera.

No me suelen hacer gracia este tipo de bromas, pero la mujer habla con el desparpajo de las tenderas de negocio local y mi grupo social preferido son las peluqueras de barrio. No puedo resistirme a su encanto.

—¿El jefe se ha atrevido a llorar en tu hombro por eso, o lo has descubierto porque eres la cotilla que no puede faltar en toda empresa?

—Las etiquetas son para la ropa, pero si tengo que llevar una, antes que la de cotilla prefiero la de *fashion victim* —pronuncia, en un inglés perfecto—. Y te puedo asegurar que el jefe no sabe llorar. Lo descubrirás si te coge para el puesto de editora. El director y ella trabajarían juntos porque no hay dinero para pagar coordinadores.

Tal y como me suponía.

—¿Estás intentando asustarme para que me vaya porque tú eres la otra aspirante y querías este trabajo para ti? —conspiro con los ojos entornados.

—Yo soy la *community manager*. Llevo toda la *promo* en redes sociales. No me han despedido porque gracias a mí aún se vende algo. Pero como sigan recortando, no solo se van a llevar las cortinas; también me meterán a mí en una caja.

»Me llamo Lola Vilalta, por cierto. —Y extiende la mano.

Le doy un apretón de ejecutivo y me lo pienso dos veces antes de decir mi apellido.

Mejor me callo. A lo mejor el último peón de la organización no conoce a la Altamira de la editorial Bravante, pero a la que está metida en Twitter todo el día dudo que se le haya escapado el escándalo que se montó.

—Silvia —respondo, escueta—. ¿Algo más que deba saber antes de enfrentarme al señor Valdés?

—Solo que tendrías que haberte traído un chaleco antibalas debajo de esa blusa tan mona. —Señala mi camisa de seda azul—. Soy la primera obsesa de la moda que se ahogaría antes que ponerse un salvavidas que no le combinase con las sandalias, pero chica, sin uno no se sobrevive. Las palabras de ese hombre no es que sean de calibre cincuenta, son directamente petardos.

—Pues tendré que apañármelas para hacer fuegos artificiales.

Lola levanta las manos en señal de «te lo he advertido».

–Tienes agallas. Escóndelas para que no te las arranque.

No puedo evitar poner los ojos en blanco cuando quizá lo más inteligente sería hacerme la cría asustadiza. Mi pasotismo daría pie a muchas preguntas y tendría que dar explicaciones del tipo «no me da miedo porque no puede ser peor que mi anterior jefe, un lobo disfrazado de cordeiro. Por cierto, es Ernesto Fernández de Córdoba. Sí, ese Ernesto Fernández de Córdoba. Y sí, yo era su zorra. Recojo mis cosas y me voy, ¿verdad?».

Pero mis cuitas laborales no serían lo único que explicaría mi tranquilidad, la verdad. Yo no me he criado con dos críticos jueces en casa y siendo permanentemente víctima de comparaciones en las que salía perdiendo para temer al propietario de una empresa que se desmorona. Y lo demuestro poniéndome en pie y dirigiéndome al despacho con seguridad.

Toco a la puerta de cristal y asomo la cabeza.

–Perdone, pero tenía la entrevista a las nueve en punto y van a dar las menos veinticinco.

El tipo, de espaldas a mí, ladea la cabeza sin mirarme y hace un gesto para que entre. Al girarme para cerrar la puerta no solo capto los enormes y curiosos ojazos negros de Lola, sino también los del resto de la plantilla. Han dejado lo que están haciendo para no perderse el espectáculo. Suerte para ellos que van a poder vivirlo con detalle, porque el despacho principal es acristalado.

Por lo menos alguien disfrutaría de mi desesperación, lo que supone una mejora teniendo en cuenta que el único que me ha visto montar drama en los últimos años ha sido el Bon Jovi que colgué en la pared de mi cuarto a los quince.

–Puede sentarse.

Su tono seco llama mi atención, pero la tercera mirada de reconocimiento que le dirijo vuelve a fracasar en sus objetivos. No acierto a describir más que sus anchos hom-

bros hundidos en una americana oscura y los horribles pantalones marrones que ha combinado con una camisa color mostaza.

Uno de mis grandes problemas es que pongo caras. Sí, pongo caras sin querer. De sorpresa, de asco, de rabia o de estupor, como me ha pasado ahora. Es una especie de tic nervioso que no puedo controlar, pero por lo menos esta vez me ha salido por una buena razón.

¿Cómo puede una persona vestir tan mal?

¿Y por qué ha decidido girarse hacia mí en el preciso momento en que he torcido la boca?

Dirijo la mirada enseguida al interior de mi bolso, del que saco la mano como si hubiese tocado un chicle pegado al fondo o hubiera leído algo raro en mi móvil. Si se lo ha tragado en lugar de darse por aludido, no me consta, porque clava la vista en la pared y sigue asintiendo a lo que parlotea el interlocutor.

Ahora que se ha dado la vuelta no queda ningún misterio por resolver. Puede medir fácilmente un metro noventa, y algo que es indiscutible además de su horripilante gusto en moda es que si me entrara en una discoteca, mis piernas se abrirían de polo a polo.

A fin de cuentas, para hacer el sin respeto no se necesita ropa.

En tres palabras a cuenta de Gianna Nannini: *Bello e impossibile*.

Y yo que pensaba que eso de los jefes *buenorros* era una leyenda urbana. Siempre he pensado que lo que añade morbo a los directivos de empresas exitosas es que acumulan poder, riqueza y podrían despedirte en cualquier momento. Aquí y ahora. Quieras o no, eso lo hace todo muy excitante. Pero a este no le hace falta ni tener estilo ni vender millones de libros al mes. Debe tener en torno a cuarenta años y los lleva mejor que Brad Pitt en *Troya*, donde recuerdo que nos dieron el desnudo integral más sexy de los 2000. Se basta y se sobra con su barba os-

cura y cerrada, el pelo peinado al estilo Brando en *Un tranvía llamado deseo* y unos abrasadores ojos negros con los que podría reventar el cristal que está fulminando con la mirada.

—Me importan una mierda sus exigencias —brama—. Si tiene algo que decir, que coja el AVE y venga hasta aquí. No voy a discutir los pormenores de mi divorcio o el acuerdo de separación de bienes con un letrado de pacotilla, y ni mucho menos pretendo cumplir órdenes... Ya, ya sé que se necesitan abogados para llevar a cabo una separación. No soy imbécil. Pero no voy a sentarme a ninguna mesa si no la tengo a ella enfrente.

Levanto las cejas.

El nene tiene genio.

—No necesita ninguna maldita representación —continúa. Me da la sensación de que me mira por el rabillo del ojo, pero es difícil saberlo. Un mechón oscuro le acaricia la sien, donde palpita una vena—. ¿Es que se ha quedado muda? ¿Se le ha olvidado cómo se habla, tal y como se le olvidaron sus votos matrimoniales? No estoy siendo irracional, estoy exigiendo seriedad y no trapicheos a mi espalda ni excusas baratas. Dígale que no pienso renunciar a mi derecho de mandarla al infierno en persona. Después de una década es lo mínimo que merezco.

Una década y así están. Menudo percal.

Menos mal que no me voy a casar nunca.

Mis padres son un ejemplo de que la institución puede funcionar, pero creo que es porque los dos se han dedicado al mundo legal toda su vida y tenían más claro que el ciudadano promedio a lo que se exponían. Aunque son un buen ejemplo de personas que han logrado mantener su mutuo aprecio intacto tras treinta y cinco años de relación —más o menos—, yo no puedo sacarme de la cabeza que el cincuenta por ciento de los matrimonios acaban en divorcio. Y muchos de esos divorcios concluyen con hom-

bres vociferando por teléfono a los abogados de sus ex-mujeres.

No soy la más empática de la zona, pero no obligaría a alguien a quien he contratado a sufrir algo así.

Como si supiera que lo estoy poniendo verde para mis adentros, el tipo me lanza una mirada fugaz.

—¿Que tiene que velar por el estado emocional de su cliente? Eso ha sonado muy romántico. No me diga que usted también se la está follando.

Me cuesta no llevarme la mano a la boca.

Dios santo. O este hombre se enteró ayer de lo de su mujer o es de los que nunca terminan de pasar página. ¿En qué contexto se daría la infidelidad? Puedo entender que saliera con otros para que la hiciesen reír, porque este tipo no parece de los que cuentan con un gran repertorio de chistes o una gracia loca al hablar. Pero con la cara que tiene, me cuesta digerir que su ex se metiera en la cama con un tercero. A no ser que, como ocurre con la mayoría de los hombres guapos, el señor Bosco Valdés sea de los que se lo tienen tan creído que eyaculan en una fracción de segundo y se ponen a roncar.

Debe tener un sexto sentido arácnido, porque parece haber detectado mi prejuicio sobre su estilo amatorio. Entrecierra los ojos sobre mí con la misma agresividad con la que agarra el teléfono. No me extrañaría que lo arrojara por la ventana en un arrebató.

—No me diga lo que tengo que hacer. Vuelva a llamarme y se enterará de quién soy yo.

Uy. Uy, uy.

El señor Valdés cuelga el teléfono y lo tira sobre el escritorio. Doy un respingo por el golpe y el eco que crea entre las paredes desnudas. Ahora que me fijo, hay alcayatas clavadas pero ningún cuadro o póster, y el escritorio está casi vacío.

Es oficial: hay una mudanza en proceso. No sé a dónde se irán los demás, pero yo presiento que ya me estoy yen-